

Combatientes zombis: las drogas de las nuevas guerras y las de siempre

- La guerra de Ucrania ha disparado los rumores sobre el empleo de sustancias psicoactivas entre los contendientes de ambos bandos. Estos rumores han sido especialmente



History & Philosophy

<https://www.lavanguardia.com/historiayvida/historia-contemporanea/20230917/9229678/combatientes-zombis-...>

Antonio Ortí

Domingo, 17 septiembre 2023

La guerra de Ucrania ha disparado los rumores sobre el empleo de sustancias psicoactivas entre los contendientes de ambos bandos. Estos rumores han sido especialmente persistentes en el caso del Grupo Wagner. Sus mercenarios han sido acusados de no pararse en barras ante el fuego de ametralladora, sino de trepar sobre los cadáveres de sus camaradas, pisándolos, ola tras ola, para cavar nuevas trincheras y recuperar terreno.

Un informe del Royal United Services Institute, un *think tank* británico, señala que Putin utiliza a parte de sus hombres como "soldados desechables". Por su parte, los rusos dicen haber descubierto laboratorios donde los ucranianos fabricaban metanfetaminas. También se ha sabido de la aparición de nuevas drogas como la desomorfina (un opiáceo sintético fácil de producir nombrado a veces como "la heroína de los pobres") o el alfa-PVP o "flakka" (un estimulante similar a la anfetamina conocido también como "grava" por su aspecto, semejante a una piedra machacada).

Sin embargo, parte de estas informaciones han sido bulos utilizados por ambos bandos para desacreditar al adversario.

La realidad es que en Ucrania circulan muchas drogas a ambos lados de las trincheras. A partir de esta evidencia, la información veraz que circula sobre el uso de antiguas y nuevas drogas en las guerras actuales es escasa.

Es conocido, por ejemplo, que las milicias somalíes, además de ingerir comprimidos psicoactivos (por ejemplo, benzodiacepinas) e inhalar disolventes, tienen por costumbre mascar khat. Los brotes y las hojas de khat (*Catha edulis*), cuando se mastican, causan euforia. Tradicionalmente esta planta se utilizaba con fines medicinales y recreativos, hasta que se hizo muy popular durante la guerra entre Etiopía y Eritrea (1998-2000).

Pero hay que insistir en que, pese a la abundante información que circula en Internet, especialmente sobre Ucrania, resulta muy difícil separar el grano de la paja. Consultado el departamento de comunicación del Ministerio de Defensa sobre este particular, señala “no tener nada que comentar al respecto”.

En cambio, Christian D. Villanueva López, director de la revista *Ejércitos*, afirma: “Nos guste o no, las **drogas** son de uso común en casi cualquier ejército, lugar y fecha. La guerra de Ucrania no es distinta en este sentido. De hecho, hay razones para pensar que hay factores estructurales que la hacen todavía más propicia. Por ejemplo, la enorme presión a la que se está viendo sometida la infantería de ambos bandos por la acción de la artillería y los drones”.

“Al fin y al cabo, las **drogas** –prosigue este experto– no son más que una ‘solución’ al problema de enfrentarse a la muerte o al hastío”.

Según Villanueva, exmilitar español que estudió Ciencias Políticas y que estuvo desplegado en Afganistán, las **drogas** son parte consustancial de cualquier guerra. “La experiencia me dice que todos los ejércitos tienen fácil acceso a todo tipo de productos: desde **drogas** sintéticas a polen, incluso a medicamentos ordinarios”, remarca este experto, que ha coordinado el libro *La guerra de Ucrania. Los 100 días que cambiaron Europa* (Catarata, 2022).

Cualquier vídeo sobre las trincheras que la revista *Ejércitos* cuelga en la red social X (antiguo Twitter) explica mejor que mil palabras el estrés que soportan los soldados. Metidos en agujeros cavados en la tierra y rodeados de escombros, es difícil imaginar cómo se puede dormir, vencer la fatiga o superar el miedo cuando una lluvia de proyectiles de un vehículo blindado cae muy cerca de donde se encuentran. Es el horror de la guerra.

Y también la explicación de por qué militares de todas las épocas, sin experiencia previa con las **drogas**, acaban consumiendo cualquier sustancia que les permita estimularse, relajarse u olvidar, según el caso. Puede ser **alcohol**, el más antiguo y popular estupefaciente militar, o puede ser cualquier cosa disponible que ayude a soportar una situación para la que nadie está preparado, especialmente cuando el reclutamiento es forzoso.

“Si atendemos a lo que pasa en Ucrania, tenemos ejércitos de reclutas en muchos casos obligados por la fuerza, la imposibilidad de abandonar las trincheras (las rotaciones no se realizan como sería deseable), el estrés que supone la necesidad de realizar asaltos sobre posiciones muy bien defendidas con una alta probabilidad de sufrir heridas o algo peor... Así las cosas, lo lógico y normal es que las **drogas** sean algo muy común”, admite Villanueva.

La regla no escrita es: a mayor brutalidad del conflicto, mayor número de militares que se drogan. Con otra variable aplicable a Ucrania: cuando los ejércitos son irregulares (categoría en la que

entraría el Grupo Wagner, los talibanes, los grupos rebeldes de Uganda, Liberia, Sierra Leona o Níger, los combatientes y terroristas chechenos, las milicias somalíes...), mayor probabilidad de combatientes zombis.

Un ejemplo: los Marines estadounidenses se vieron obligados a modificar sus tácticas operativas al descubrir que muchos de los insurgentes contra los que combatieron en la segunda batalla de Faluya de 2004 estaban drogados. A pesar de estar gravemente heridos, estos seguían luchando, por lo que el procedimiento estándar de disparar al cuerpo no bastaba para detenerlos. A partir de entonces, los Marines tuvieron que apuntar a la cabeza.

Los norteamericanos son el ejemplo de libro de la necesidad de drogarse cuando se combate contra un enemigo escurridizo e imprevisible, como el Vietcong. Tal como afirmó el fisiólogo alemán Georg Friedrich Nicolai en *Biología de la guerra* (1918), lo que hace que esta sea excepcional es la "ilimitada capacidad de autosacrificio de los soldados", ya que combatir con armas mortíferas es hacerlo contra "el instinto de vida". De ahí que, desde el comienzo de los tiempos, ninguna guerra haya sido sobria.

Los antiguos griegos, por ejemplo, luchaban ebrios de vino (también con opio mezclado con vino y miel, un brebaje que se daba como refuerzo a los atletas que entrenaban para los Juegos Olímpicos), mientras los vikingos recurrían a hongos alucinógenos.

Los guerreros vikingos más fieros eran conocidos como *berserkers*, por el mítico Berserk. Cuenta la leyenda que este poderoso héroe de la antigua mitología escandinava, nieto de Starkodder, el de ocho brazos, acudía a las batallas vestido únicamente con pieles de oso (*ber sark*) y sin armadura de ningún tipo, y que luchaba con una audacia y furia temerarias. Seguramente, no ha habido guerreros más feroces y despiadados más allá de todo límite que los comedores de hongos vikingos...

Volviendo a los norteamericanos, durante la guerra de Vietnam (1965-1973), la mayor amenaza para la disciplina de las tropas estadounidenses no fue la tan cacareada **drogadicción**, sino el **alcohol**, algo que durante años se mantuvo en silencio. Pero, en general, los excesos con la bebida fueron mucho más habituales y reiterados que los cometidos con las **drogas**.

Los comandantes solían hacer la vista gorda, en parte porque la guerra interna de las fuerzas estadounidenses en Vietnam no era contra el **alcohol**, sino contra la marihuana y la **heroína**, consideradas el enemigo público número uno. Una investigación encargada por el Departamento de Defensa reveló que el 73% de los reclutas novatos y el 30% de los oficiales eran "bebedores problemáticos" o "inmoderados e intemperantes".

Según el mismo departamento, en 1968 la mitad de los soldados desplegados en Vietnam tomaba **drogas**. En 1970 la tasa aumentó hasta el 60%, mientras en 1973, año de la retirada, el 70% de los soldados consumía **estupefacientes**. Aparte de beber **alcohol** con profusión, un 51% fumaba marihuana, un 28% consumía **drogas** duras (sobre todo, **heroína**) y casi el 31% tomaba sustancias psicodélicas.

En cuanto a las anfetaminas, se repartían casi como caramelos, sobre todo dextedrina (dextroanfetamina), un derivado casi dos veces más potente que la bencedrina utilizada en la Segunda Guerra Mundial.

Muchas de estas pastillas (como sigue sucediendo en tantas guerras) las repartía el alto mando. Los soldados que querían complementar la dosis de anfetaminas podían conseguirlas fácilmente en el mercado negro. Hoy día existen psicoestimulantes de nueva generación como el modafinilo, cuyos efectos son similares a las anfetaminas, aunque no eleva tanto la frecuencia cardíaca ni provoca tanto insomnio.

Un libro de referencia es *Las drogas en la guerra. Una historia global* (Crítica, 2017), obra de Łukasz Kamieński, una documentada investigación sobre la historia militar de las drogas, que es como decir de la humanidad misma... El libro plantea cuán efectivas han sido algunas sustancias en el esfuerzo bélico.

Por ejemplo, la experiencia que tuvo con el hachís el ejército napoleónico desplegado en junio de 1798 en Egipto (donde estaba prohibido el alcohol), cuya conquista era vista como la antesala de un ataque contra la India británica, fue un auténtico desastre. La marihuana no animaba a los galos a combatir, por lo que Napoleón vetó el hachís local en octubre de 1800. En cambio, el alcohol, la cocaína o las metanfetaminas (pervitina y bencedrina) han demostrado ser drogas mucho más "pendencieras".

A grandes rasgos, hay dos categorías farmacológicas: los estimulantes y los depresores, o lo que es lo mismo, las sustancias que impiden o que ayudan a quedarse dormido o, según las llaman los pilotos estadounidenses, las pastillas *go* y las pastillas *no-go*.

Una de las conclusiones del libro de Kamieński es que hay multitud de investigaciones en curso para obtener una "bala mágica" capaz de revolucionar el rendimiento y el humor de los soldados. Pero también que la guerra es para muchos (muy especialmente para los políticos y militares interesados en que haya contiendas) el más formidable de los estupefacientes, en el sentido de que, pese al horror y las atrocidades, conciben pelearse como algo sumamente adictivo.